

lo que se encierra en el cielo, en la tierra, en la mar. Finalmente ha de ser un mundo, que ni fuera de él puedan vivir sus súbditos, ni dentro de él tengan necesidad, ó falta de alguna cosa. Y como el ánima sentada en el cuerpo, y penetrando por todo él, y estando toda presente en todas sus partes juntamente, y en un mismo tiempo en cada una de ellas, conforme á su cualidad y menester, hace obras diferentes; en una parte cuece el manjar, en otra lo convierte en sangre, en unas gusta, y en otras conoce, y entiende: así el Prelado abrazado y engerido por toda la diversidad de sus súbditos, que componen su cuerpo, proveyendo á cada parte de ellos, y á todos ellos con increíble fuerza de virtud y discreción, les ha de infundir vida, vigor, aliento, fuerza, movimiento, amparo y sentido, á todos juntamente, y cada uno en particular: lo cual haciendo, como este glorioso Santo, nos dará aquí su gracia y allá su gloria. *Ad quam nos perducatur.*



FRAGMENTO

DE UN SERMON DE KALENDA.

..... Todo el fuego que rodea los tres elementos inferiores. El que crió este mundo, y puso en el centro de la tierra el eterno fuego, y quiso que fuese..... de la creación, y espanto de malos; con mayor facilidad que muda el hombre la mano del reloj de una línea á otra, pudiera pasar el sol de Etiopía á aquella región, y el sol del trópico de Capricornio al de Cancro, pues detuvo el sol en tiempo de Josué (Josué, cap. x, v. 12). El que da los Aranjueces y Pardos á los Príncipes de la tierra, bien pudiera criar allí un vergel hermoso, y templar el calor del cielo con la frescura de los árboles, y dar posesión al verano en el rigor del invierno frio. Pero este frio escogió, y es misterioso, y quiere hacer con él avivar la caridad de nuestro corazón, y que haya una secreta antiperístasis, y cuan frio el tiempo, tanto se encienda nuestro amor para con él; como en los pozos profundos está más caliente el agua, cuanto es de fuera mayor el hielo.

Y si topase alguno caminando, un infante recién nacido, y le topase junto á unas tapias heladito y temblando, si no tuviese las entrañas de diamante, le procuraría alzar, y se movería á le socorrer y aliviar en su necesidad extrema (una loba sangrienta, dicen, crió á Rómulo y Remo) y si este caminante viese una hermosísima y honestísima señora con un infante recién nacido en los brazos, de noche al hielo, en una venta derribada, sin cama, sin regalo alguno, y ella le certificase ser de sangre real, y que el infante es hijo de un Rey poderoso, y que tiene de heredar, aunque pese á sus enemigos; si no le hubiese parido peñasco alguno, y dádole leche los tigres, se ablandaría y les procuraría servir, y dar regalo, si pudiese. Y si dijese algún ingenio, que no es caso posible moralmente, sino pura consideración metafísica, y que también es desigual, y no alcanza; tanto mejor, que sean las mercedes de mi Dios tan singulares y tan sin comparación y ejemplo. Pues si nos moviera un niño de esos comunes, un embrioncillo mal formado, helado con el frio de la noche; ¿cuánto más nos debe enternecer un infante más bello que el sol? Si nos moviera un principillo, que hubiera de he-

redar algunas villas y lugares; ¿cuánto más el mayorazgo del cielo? Si nos moviera un niño concebido por orden natural; ¿cuánto más nos debe enternecer un niño de la más pura doncella, que tiene el mundo por abogada, y el cielo por señora, fraguado en ella por obra del Espíritu santo? Y si nos moviera un niño, hijo de un Rey mortal; ¿cuánto más nos debe enternecer el que en cuanto Verbo es hijo del Eterno Padre, y quiso en cuanto hombre nacer en tiempo, y en tiempo tal, cuando los pecados del mundo más le ofendían, cuando los regalos más le faltaban, cuando mayor la inclemencia del cielo, y mayor la clemencia de Dios?

¡Oh verdad profética firmísima! ¡qué bien dijiste (Isai., cap. LXIV, v. 1.), que en rompiendo los cielos, y lloviendo al Salvador del mundo, los montes se derretirían como cera, y arderían las aguas, como fuego! Pues este rocío divino y celestial pluvia, ha tantos años que alegró con su venida la tierra, y tantos, que de esta venida celebramos la memoria, procure la tierra de nuestro corazón llevar fruto de justicia. Porque si está tan estragada la vida, después de rompido el cielo, como cuando estaba cerrado y echadas las compuertas, y el candado del divino enojo; habiendo El hecho de su parte lo posible, y lo que en pensamiento no cabe, castigará sin falta la tierra estéril: y si la severidad del cielo la sembrare de sal, y no pudiere más fructificar ni ser verde, ocupándola la muerte; acuse su ingratitud y maldad (Hebr. cap. vi, v. 7 y 8). *Terra enim sapè venientem super se bibens imbrem, et germinans herbam opportunam illis, à quibus colitur, accipit benedictionem à Deo. Proferens autem spinas, ac tribulos, reproba est, et maledicto proxima, cujus consummantio in combustionem.* Y pues vino este rocío celestial, y esta pluvia de agua del cielo para humillar á los soberbios, y encender los corazones frios; no será bien que se ensorberzca el humilde, y resfrie la caridad; y que derritiéndose como cera los montes, y ardiendo las aguas, la cera se endurezca y haga monte, y el fuego se vuelva en agua; y la noche, que el pastor rústico gastó en adorar al Señor tierno, y recién nacido, la gaste mal el letrado, é idolatre en su contento. Y la noche que los Angeles santos cantaron gloria á Dios (Luc. cap. ii, v. 14.), y á los hombres desearon paz, en ella los malos ángeles pueblen su infierno, y siembren odio en el corazón. No será bien, que la noche que gastaron los Santos, y los Padres de nuestra Religión antiguos en suspiros devotos, la gaste nuestra negligencia en bostezos; y el coro, que fué regado con sus lágrimas, vea nuestros ojos enjutos, etc.

¡Oh santo, y devoto lugar, donde se congrega y junta esta santa compañía á cantar loores á Dios! ¿Quién te viera más envejecida la madera y sillas, y aquella tu devoción

antigua más renovada? Si pudieras ¡oh santo lugar! tener lengua, y hablar palabras humanas, paréceme que nos dijeras: Estas sillas y ladrillos, que veis limpios, yo los ví salpicados de sangre de los que se disciplinaban en mí. Aquí ví yo al predicador famoso, y al viejo que se venía arrimando á su bordón, contemplar las noches enteras, hincadas las rodillas delante del altar, y dar á los menores ejemplo. Aquí el novicio entraba temblando, el profeso devotísimo, el sacerdote los ojos en tierra, aquí se aparejaba para decir Misa: sólo se hablaba con Dios, en lo demás eterno silencio. Y en tal noche como esta, ¡ah! ¿qué sermones se oían? ¿qué gravedad? ¿qué doctrina? ¿qué santo y religioso se escogía el que había de hacer la plática? Y cual era el orador, tal el fruto. ¡Qué abiertos estaban los oídos! ¡qué calladas las lenguas! ¡qué recogidos los pensamientos! ¡qué aficionada la voluntad! ¡qué de lágrimas ví verter! ¡qué de suspiros oí! ¡qué de sollozos escuché! (Isai., cap. LI, v. 1). *Attendite ad petram unde excissi estis, et ad cavernam laci, de qua pracissimi estis.* Si tenemos el nombre ilustre de Agustino, el hábito de su religión, si profesamos su regla, si dieron santos el hábito á quien nos le dió á nosotros, y es tan buena la cantera de donde somos cortados, y la concavidad y caverna del peñasco de donde salimos tan santa; imitemos siempre, y en particular esta noche, su devoción y sentimiento, celebremos el nacimiento de nuestra vida, las cunas de nuestro Criador, el frio de nuestro abrigo, las lágrimas de nuestro consuelo, la pobreza del que nos enriquece, la noche del que nos da el día, las penas primeras del que perdona nuestras culpas, y nos dé aquí gracia y después la gloria. *Ad quam nos perducatur. Amen.*

